

Reflexiones sobre la acción y la influencia docente: Maestros y profesores

por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. VÍCTOR GARCÍA HOZ (*)

1. EXTENSIÓN Y DECEPCIÓN EDUCATIVAS

La creciente intervención del Estado en la educación y, en especial, la casi obsesión por legislar, han traído como consecuencia, por un lado, la extensión de la educación institucional y, por otro lado, la decepción de la sociedad en general frente a los resultados de la educación.

Si la extensión de la actividad educativa es una consecuencia lógica de la intervención del Estado, parece más bien contradictoria la decepción de la sociedad. Se puede suponer que con el aumento de escuelas, de maestros, de recursos dedicados a la educación y de tiempo en que ésta es obligatoria, se habría de llegar a un más satisfactorio rendimiento educativo. Pero la realidad es que se ha extendido una actitud escéptica, cuando no de repulsa, curiosamente en los pueblos tenidos por más desarrollados.

La decepción educativa se manifiesta tanto respecto de la educación en general (la misma constante preocupación por «planes de reforma» de la educación está diciendo implícitamente que la educación va mal) cuanto a las expectativas particulares que se depositan en la educación, tales como su ineficacia en la preparación para el mundo del trabajo, o para la resolución de grandes problemas de la juventud, como la drogadicción o la delincuencia.

Dada la complejidad de la acción educativa que, aparte de su variedad in-

(*) Sesión del martes 24 de abril de 1990.

trínseca nacida de las condiciones psicológicas del ser humano y de la diferencia de ámbitos en que se desenvuelve, es muy difícil identificar las causas del aprecio negativo de que es objeto.

De los tres ámbitos en los que la educación se desarrolla, la familia, la escuela y la sociedad en general, la escuela es la institución *específicamente educativa*. No quiero decir que sea únicamente en la escuela donde el hombre se educa, sino afirmar que la única entidad social que tiene como finalidad propia la educativa, es la escuela. A la educación escolar me voy a referir en las siguientes reflexiones.

En la vida y el influjo de la escuela como entidad, el principal agente es el educador profesional, afirmación que no contradice el hecho de que el protagonista de la educación en cada escolar es el propio estudiante.

Siendo esto así, podemos preguntarnos en qué medida la función del educador profesional incide en la educación de sus alumnos. Y como toda cuestión empieza por ser cuestión de nombres no será superfluo preguntarse si la diferencia de nombres en los educadores conlleva una diferencia de influjo educativo.

2. MAESTROS Y PROFESORES

La Ley General de Educación de 1970 modificó la denominación oficial del primer grado de la educación escolar y de los profesionales dedicados a tal quehacer. La que se venía llamando «Primera enseñanza» o «Educación Primaria» cambió su denominación por la de «Educación General Básica» y los dedicados a ella, tradicionalmente llamados «Maestros», pasaron a denominarse «Profesores de Educación General Básica». El Proyecto de Ley Orgánica General del Sistema Educativo presentado por el Gobierno en este año de 1990 vuelve a denominar «Maestro» al docente de los primeros niveles escolares. ¿Qué sentido pueden tener estos cambios?

Es bien sabido que en las antiguas civilizaciones el maestro gozaba de un profundo respeto y hasta veneración. Por lo que a nuestra civilización occidental se refiere, en la mente de Platón la persona entera se halla implicada en cualquier función de magisterio. En el diálogo sobre el valor pone en labios de Laques la petición de que aquél que haya de instruirle sea un hombre de bien, para que no aprenda de él con repugnancia.

Toda la tradición humanista en los estudios y alusiones que al maestro se hacen, o bien se trata de describir la esencia de la función educadora, tal es el caso de los De Magistro de San Agustín y Santo Tomás, o bien se habla de las condiciones, intelectuales y morales, que un maestro debe tener. Bien expresivo de esta preocupación es el título de uno de los libros, *Las doce virtudes de un buen maestro* (Agathon, 1900), publicado por primera vez en 1783, o los de más reciente publicación, *El maestro mirando hacia dentro* (Manjón, 1945) y *El maestro mirando hacia fuera* (Manjón, 1949), publicados por primera vez en 1915 y 1924 respectivamente. En toda esta tradición se utilizaba genéricamente el título

de maestro para referirse al que se dedicaba a la educación general, caso del maestro de primeras letras, o a quienes en la vida universitaria adquirirían un especial prestigio. El concepto y la palabra profesor se atribuían a quienes se dedicaban a la enseñanza en un campo cultural determinado. En esta distinción iba ya implícita la idea de que la actividad del maestro incidía en la persona entera del discípulo, mientras que la del profesor estaba limitada a un aspecto de su vida intelectual.

Con la introducción de los métodos experimentales en la Pedagogía, a principios de este siglo, se cambiaron los planteamientos del estudio sobre el maestro y su función. El carácter predominantemente ético del humanismo fue sustituido por el carácter acusadamente psicológico de los nuevos estudios sobre el educador. En otras palabras, las reflexiones sobre el maestro ideal fueron prácticamente abandonadas para estudiar los componentes reales de la acción de enseñar.

En esta nueva perspectiva se proyectaron los dos grandes planteamientos que se suelen distinguir en el estudio de la personalidad: el planteamiento sintético de los tipos y el planteamiento analítico de los rasgos característicos. Uno y otro fueron utilizados en los primeros estudios experimentales sobre la personalidad y la actividad del profesor.

Se habrá podido observar que al hablar de los estudios experimentales de la función docente utilicé la palabra «profesor». La razón de tal cambio se debe a que los estudios experimentales dejaron de lado la palabra —y tal vez el concepto— de maestro, sustituyéndola por la de profesor.

3. CAMBIO DE NOMBRES ¿CAMBIO DE MENTALIDAD?

Este cambio de terminología es el reflejo de un profundo cambio de mentalidad. La preocupación por el contenido personal y ético del viejo concepto de maestro quedó sustituido por la atención directa a las manifestaciones exteriores de la enseñanza, únicos objetivos observables. La visión del maestro como persona fue a su vez sustituida por la de profesor como experto en un determinado quehacer. El mismo planteamiento experimental lleva encapsulada en sí la devoción, y en ocasiones el reduccionismo, de la ciencia positiva, frente al pensamiento metafísico que sirve de fundamento al humanismo pedagógico.

Tomando el origen de las palabras como indicador de su significación esencial, aunque el transcurso de la historia introduzca modificaciones semánticas, encontramos una primera pauta para comprender las analogías y diferencias entre ambos términos.

Aunque volveré sobre la historia de la palabra, adelantaré que, como es bien sabido, el vocablo «maestro» viene directamente del latín «magister» que, a su vez, tiene origen, según Freund, en la raíz «mag», de donde «magnus» y «magis». Originariamente, por tanto, maestro tiene la significación de superioridad, dignidad. El vocablo profesor nace del también vocablo latino «professor» que,

a su vez, tiene su origen en «profiteri», de pro y fateo, confesar, declarar o decir algo públicamente. Claramente se ve que mientras maestro significa cualidad, es decir, un modo de ser, profesor significa actividad, dedicación, un modo de obrar. Uno y otro término son susceptibles de ser interpretados, y así lo demuestra el uso que de ellos se vino y se viene haciendo, como fuentes de influencia. Desde ese punto de vista se puede pensar que el maestro influye con su presencia, mientras que el profesor influye con su acción. Veamos con más detenimiento esta cuestión.

4. POLISEMIA DE LA VOZ «MAESTRO»

Hay tres acepciones de la palabra maestro que han pasado al dominio común. Si procedemos de mayor a menor generalidad podemos citarlas en el siguiente orden:

En primer lugar, está el apelativo de Maestro, que se suele adjudicar al hombre eminente en cualquier faceta de la cultura, que con su obra científica o literaria, verdaderamente relevante, influye en la vida y en la formación, incluso de los que no tienen con él contacto personal alguno, pero que establecen relación a través de las obras del Maestro. Afín a esta noción de maestro es el primer significado que da Kerschensteiner al educador. «En este sentido alcanzamos ya el concepto más general de educador; es el hombre que voluntaria o involuntariamente influye en la vida espiritual de sus semejantes, elevándoles a un estado más perfecto. Lo que denominamos generalmente «educadores ocultos» entra de lleno en este concepto general» (Kerschensteiner, 1928, p. 17).

En segundo lugar, circula el término maestro en el mundo del trabajo manual, aplicándole al que por su capacidad o situación especial dirige un taller u obra en el cual colaboran otros artesanos en un rango inferior, subordinados al maestro. Hay en esta noción de maestro un doble contenido; de una parte, la maestría en el sujeto, habilidad superior para realizar un oficio, y de otra también una influencia de tipo formativo sobre los que con el maestro trabajan; en el taller o en la obra existen aprendices. No está tan desconectado el título de maestro en el campo industrial del de maestro en el intelectual. Los títulos, en cuanto tales, nacen coetáneos en uno y otro campo, con los gremios por un lado y las Universidades por otro, instituciones idénticas, aunque en distintos terrenos. Puede verse en este aspecto lo que dice Ibarra sobre las analogías entre los gremios y las Universidades medievales: «El ejercicio profesional en ambas 'guildes', la industrial y la intelectual, hubo de organizarse en la Edad Media de acuerdo con las necesidades de la época. Estas hacen nacer en ambas el ingreso mediante examen que patentice la capacidad para el ejercicio de la profesión; brota así la exigencia social de la reválida y el título que aparece a la vez en ambos grupos» (Ibarra y Rodríguez, 1920, p. 15). Dentro de esta acepción general de maestro cabe poner de relieve una significación particular, que hace referencia a la pericia en un determinado menester de la vida social y su consiguiente

enseñanza o dirección, al cual menester no siempre se le puede llamar oficio; tal es el maestro de capilla, el maestro de ceremonias.

En tercer lugar, está la noción de maestro en su significado más restringido: el que comprende al hombre que consagra su vida a la tarea educativa.

Cabe aún poner de relieve una significación de maestro como idea adjetiva que se une a las cosas, dándoles un carácter de especial eminencia: viga, pared, obra maestra.

En el fondo de todas estas acepciones se encuentra una nota común que coincide con la raíz etimológica de la palabra maestro. Esta nota es la superioridad o preeminencia del maestro respecto de otras cosas o personas.

En las dos acepciones primeras, se ve con claridad que, justamente en virtud de las cualidades sobresalientes, se le llama maestro al hombre ilustre, y en virtud del superior puesto social, por ser dueño o por tener superior habilidad, se denomina maestro al artesano. En cuanto al maestro en sentido restringido, se comprende también sin dificultad que se le considera superior a los que reciben su acción educativa. En cuanto a las cosas, viga maestra, obra maestra, también se les atribuye superioridad en algún sentido: la viga maestra sostiene el armazón del edificio, la obra maestra es la obra principal entre las realizadas por un autor o por una escuela.

Coincide esta cualidad de preeminencia con la etimología de la palabra. Como puede verse en cualquier diccionario etimológico latino, el «magister» latino, antecedente inmediato del «maestro» español, encierra en sí la idea relativa de superioridad y tiene su raíz en el sánscrito, donde aparece ya la idea absoluta de grandeza y poder. En el latín aún la palabra tenía un claro sentido de jefatura, principado o primacía; así el «magister populi», «magister equitum» nombran al jefe del pueblo y de la caballería, respectivamente. Si de estas locuciones latinas que connotan jefatura sobre personas o cosas, pasamos a reflexionar acerca de otras expresiones análogas, pero cuyo término de referencia no son cosas u hombres concretos en cuanto a tales, sino en cuanto ejercen determinadas actividades, nos encontramos, sin duda ninguna, con significaciones análogas a las primeras acepciones de la palabra maestro en la actualidad. Tales, por ejemplo, el «magister morum», «magister officiorum», «magister pecoris», «magister convivii», hasta venir a parar a las expresiones que tiene el significado de la actual acepción más restringida de «maestro: artium liberalium magister y magister ludi», maestro de artes liberales y maestro de escuela, respectivamente. En la época clásica este término adquirió un especial sentido al significar maestro de escuela o simplemente maestro. Cicerón, en *De Oratore*, no sólo habla de maestro simplemente para significar maestro de niños, sino también usa la sonora expresión «maestro de artes liberales» que se generalizará en el medioevo.

Esta significación de maestro como dedicado a la enseñanza lleva consigo la relación, y aun el compromiso, de la vida del maestro en la del discípulo. La superioridad implicada en el magisterio como actividad es un estímulo permanente para que el discípulo desarrolle sus posibilidades, sea cada vez *más* persona.

5. EL CONCEPTO DE «PROFESOR»

Junto a la gran tradición del vocablo «maestro», la del término «profesor» resulta pobre pero con gran fuerza expansiva. Según Corominas, la palabra latina «professor» fue utilizada en el sentido de maestro o profesor por Ulpiano, el gran jurisconsulto romano de los siglos II y III, y tiene su origen en el verbo «profiteor» (de «pro» y «fateor», que significa confesar). Es una voz muy clásica que vale tanto como para declarar, decir pública y libremente, hacer profesión de, ejercer, practicar. En castellano parece que empezó a utilizarse en 1490, es decir, 500 años después de la palabra maestro, que apareció en los albores mismos del idioma castellano, en el año 993.

En el concepto vulgar de profesor, éste es el que con su palabra expone, pone delante, un tema a sus alumnos, hace claro lo que está oscuro, explica una materia, es decir, hace patente algo que está implícito en una realidad o en un concepto. El mejor profesor es el que mejor explica, el que con más claridad expone sus ideas, el que con más arte atrae la atención de sus oyentes y les entretiene. En esta línea de pensamiento, la idea de profesor se ha trivializado hasta pensar que el mejor profesor es el que mejor habla y que todo el trabajo de quien enseña se reduce a la explicación ante sus alumnos. Con amarga ironía, se puede hablar de la saliva como el instrumento más usado en la degeneración de la escuela tradicional.

Mas el profesor ¿es simplemente un «explicador» que aclara unas ideas que han de ser adquiridas por sus alumnos?

Si empezamos por el pensar común, veremos que la tarea del profesor es enseñar con objeto de que sus alumnos lleguen a la adquisición de conocimientos. La finalidad del quehacer del profesor está en el aprendizaje de los estudiantes. Bien entendido que el aprendizaje no es sólo adquisición de ideas, sino también adquisición de destrezas operativas. En otras palabras, del aprendizaje no se excluye la acción.

La enseñanza implica, por lo tanto, una intervención en la vida mental de los alumnos. Mas ¿basta con esto?, ¿lo que no sea vida de actividad mental queda fuera de la preocupación del profesor?

La respuesta a la cuestión anterior suscita a su vez un interrogante: ¿Dónde están los límites o cómo se delimita la vida mental? ¿Hay vida humana que no sea mental?

Cuestión ardua pero resuelta en la simplicidad del hombre de la calle. El padre que envía a su hijo a la escuela lo hace sin duda «para que aprenda». Pero también para algo más. A un padre que tenga la mínima conciencia de que su paternidad se extiende más allá de la procreación e incluso del mero cuidado material del hijo, está interesado en que su hijo «llegue a...» ser capaz de tal, o cual cosa, ejercer decorosamente una profesión, llegar a obtener un determinado status en la vida social, a ser capaz de ganar lo suficiente para llevar una vida desahogada. En definitiva, el padre quiere que su hijo aprenda, es decir, adquiera conocimientos, mas para que estos conocimientos, a su vez, le sirvan

como base: para defenderse en la vida si entiende el mundo como un campo de lucha y para hacerse hombre autosuficiente y útil si el mundo lo entiende como campo de trabajo y convivencia. No deja de tener resonancias afectivas la vieja y un tanto retórica frase que hace unas cuantas décadas se solía utilizar para señalar el fin de la educación escolar: «hacerse un hombre de provecho».

Si el pensamiento popular lleva a la idea de que la educación está en función de la vida, es un aprender a vivir, los profesores capaces de reflexionar sobre su propio quehacer llegan a conclusión semejante. Estiman que se disminuye o denigra su función si se la considera como una mera transmisión de conocimientos. Dicen, con razón, que en su quehacer intentan estimular a sus alumnos para promocionar y reforzar en ellos actitudes tales como aprender a estudiar, tener juicio propio, cooperar solidariamente en la vida social... En última instancia, también en ellos la adquisición de conocimientos no es más que el primer paso para aprender a pensar y después aprender a vivir.

6. DOS TIPOS DE PROFESOR

Al llegar a este punto es menester hacernos honradamente una pregunta: ¿Todos los profesores tienen esta idea de su profesión? Parece que no. Hay quienes opinan que su labor se cumple y acaba estimulando y orientando la adquisición de un conjunto de conocimientos situado en un determinado campo del saber. Lo demás son cuestiones ajenas a su quehacer escolar. Parece que este tipo de profesores se daba ya en los tiempos clásicos, cuando nuestro Séneca, en una de sus epístolas a Lucilio, se queja de que se aprende «no para la vida sino para la escuela». Es justamente este tipo de docente el que encarna la idea de profesor en tanto que diferente a la idea de maestro. Éste enseña a vivir y aquél, a lo sumo, enseña a pensar en un campo cultural aislado.

En el concepto de «buen profesor» late la idea de «maestro». El «profesor de calidad», el que aspira a encaminar a sus alumnos al aprendizaje de la vida, parece identificarse con el maestro. En cierto modo así es. De aquí la conclusión de que, con independencia de las denominaciones oficiales, es menester promover y fomentar en cualquier docente la mentalidad de maestro, que compromete su vida en el estímulo y la orientación para que los jóvenes aprendan a vivir.

Llegados aquí, un nuevo interrogante surge. ¿Qué es lo que lleva encapsulada la expresión «aprender a vivir»?

Si pretendiéramos contestar exhaustivamente a la anterior pregunta nos veríamos en un aprieto. Mas tenemos a nuestro alcance la posibilidad de identificar alguna propiedad de la vida humana en la que encontremos un camino para resolver el problema de la finalidad educativa. Es ésta la idea de la vida como tensión.

Efectivamente, la vida del hombre es tensión. en otras palabras, actuación de una tendencia o de un manojo de tendencias. a mi modo de ver resulta suficiente con que nos hagamos cargo de que la vida humana recoge la tendencia uni-

versal de todo ser a su propia perfección haciéndola consciente y tomándola como senda o camino para la existencia humana.

Esta tendencia a la perfección empieza por ser una aspiración al conocimiento, a la verdad. El alcance o la participación de la verdad constituye la primera fase de la vida humana. A fin de cuentas, los hombres en cualquier situación que exija o haga posible una actividad, aspiran «a conocer el terreno que pisan», a saber con qué medios cuentan.

Tras la aspiración a la verdad, la aspiración al bien, que no es otra cosa sino la realidad en tanto que se puede incorporar a nuestra vida para perfeccionarla.

Tras de la aspiración al bien, la tensión del amor, proyección de la voluntad hacia el logro del bien.

Finalmente, la complacencia, gozo, alegría, felicidad, que consuman la perfección de los actos y de la vida en la conciencia del bien alcanzado.

Si, ante el continuo descrito, verdad, bien, amor, felicidad, nos preguntáramos hasta qué punto las mencionadas manifestaciones de la tendencia a la perfección son atendidas por la actividad educadora, habremos de empezar por reconocer que, sin duda ninguna, los profesores obran con la finalidad, consciente o inconsciente, de hacer a sus alumnos partícipes de la verdad. No otra cosa es la adquisición de conocimientos a pesar de que muchos filósofos, inconscientes en realidad, se nieguen a reconocer la existencia o la posibilidad de alcanzar la verdad.

Mas es ya problemático que todos los profesores se preocupen por las otras manifestaciones de la tensión de la vida. El bien y el mal, el amor o la aversión, la alegría o la tristeza son cosas de la vida y de la persona de los estudiantes en las que generalmente los profesores no entran. Y tal vez este *entrar o no entrar* en los problemas afectivos y personales de los alumnos marque sutilmente la diferencia entre el maestro o «buen profesor» y el que es simplemente «profesor».

7. TÍTULO Y CUALIDAD DE MAESTRO

En la situación actual, el término profesor se halla más ceñido a lo profesional y administrativo y se reserva para los niveles de enseñanza postprimaria. El título de maestro tiene una significación profesional que se aplica a los docentes en el nivel primario y también a los destinados a la formación profesional en sus niveles elementales. Pero, junto a esta significación estricta, se sigue utilizando la palabra maestro en el lenguaje coloquial, aplicándole a quien ha alcanzado una eminencia o especial relieve en el mundo de la cultura. El título de maestro se halla devaluado; la cualidad de maestro, en su significación de eminencia, sigue vigente. Ser maestro de educación es un título y una profesión. En la Universidad no hay título de maestro, pero al profesor eminente se le considera y llama «maestro».

Ya se ha dicho que el auge de la palabra profesor coincidió con la entrada y

el progresivo desarrollo del carácter científico e investigador de la Universidad en sustitución del inicial carácter filosófico y humanista. Se acentuó, según hemos visto, con la incorporación de los métodos experimentales a los estudios pedagógicos. Y no deja de haber un componente de actitud respecto de la responsabilidad o la moral del docente cuando la palabra profesor se utiliza intencionadamente para separarle de las posibles connotaciones éticas que cualquier tarea docente lleva consigo. En esta mentalidad, el profesor tiene claramente delimitado el campo de su actuación en la materia que enseña y no tiene por qué desbordar sus límites para entrar en problemas de actitud personal o ética que le son ajenos. Una acentuación de esta tendencia se halla en el uso que en los últimos años se viene haciendo de la palabra «enseñante» para referirse al profesor.

En el proceso de burocratización de las instituciones y sistemas escolares, la idea del profesor o del enseñante se halla más próxima a la del funcionario, mientras que la de maestro conserva una significación más vocacional, de persona y actividad que desbordan los moldes estructurales de la sociedad en que se halla situada la escuela e incluso las estructuras mismas de la institución y sistemas escolares.

La distinción —y confrontación— maestro-profesor es más viva en los niveles postprimarios de la educación; adquiere toda su hondura en la Universidad. El creciente desarrollo cuantitativo, y la masificación consiguiente, de las instituciones universitarias, ha llevado a un rápido aumento de personal docente que, entre otras cosas, por ser todavía insuficiente en número, se halla obligado legalmente a un desorbitado número de estudiantes.

Se halla muy extendida la idea de que por la precipitación en la preparación del profesorado y por la masificación universitaria, aquél ha bajado de calidad, llegándose a la conclusión de que hay muchos profesores y pocos maestros.

De nuevo surge la idea de maestro como figura que se ha de recuperar. Tal vez sea éste un sentimiento en buena medida nostálgico por la minimización de la Universidad humanista o de los elementos humanistas en la Universidad; pero, sin duda ninguna, tiene también un valor proyectivo si se piensa en los posibles remedios a esta situación.

Con el fracaso del moderno reduccionismo cientifista, tanto en la cultura cuanto en la vida, renace esta idea de recuperación de la idea del concepto y la figura del maestro. En un reciente ensayo (Ruiz Retegui, 1990) se dice: «La actividad del maestro es rica y densa, pues supone la puesta en juego de las energías personales más íntimas y verdaderas (...) El maestro muestra el alma, al mostrar que su acción es verdaderamente suya y no tomada en préstamo de otro. Al profesor no se le ve el alma (aunque) puede ser ejemplo de pulcritud, de constancia, de honradez (...) Cuando la institución universitaria se burocratiza, los maestros son silenciados».

La solución a la antinomia profesor-maestro, no se halla en el mantenimiento ni menos en la absolutización de su diferencia. Ciertamente que una Universidad ideal sería aquella en la cual todos los docentes fueran maestros; pero a esta

condición rara vez se llega. Ya sería bastante con que se formaran e incorporasen a la Universidad profesores con la aspiración de llegar a ser cada uno «buen profesor».

En mayo de 1984 tuve la satisfacción y el honor de desarrollar en esta Academia la cuestión de las relaciones entre la formación científica y ética de los universitarios. En aquella ponencia intenté justificar la idea de la necesaria relación entre la formación científica y la formación ética que «tiene su fundamento en la necesaria relación del quehacer intelectual, interior, con la conducta manifiesta del hombre» (García Hoz, 1984, pp. 99-129). En la medida en que, quieralo o no, un profesor empieza a influir en sus alumnos con su pura presencia, le es exigible no sólo una suficiente superioridad en el saber sino también en su ser personal. En el diálogo sobre el valor, Platón pone en labios del general Laques el deseo de que quien haya de instruirle sea un hombre de bien.

Claro está que esta influencia primera se hace más profunda y permanente con la relación, que también ha de ser profunda y permanente, entre el que enseña y el que aprende. Por el simple hecho de recibir sus enseñanzas, un estudiante se convierte en alumno del profesor. Cuando en aquél se despierta esa actitud que antes mencioné, de «adhesión admirativa», que abarca no sólo el saber sino el ser del que enseña, el alumno del profesor se convierte en discípulo del maestro. Repitamos que el ideal de una Universidad sería aquella en la cual todos los que enseñan fueran maestros con discípulos y todos los que aprenden se convirtieran en discípulos de algún maestro. ¿En qué medida será esto posible?

Esta situación ideal de la Universidad en la que no hubiera más que maestros y discípulos es posible que no se alcance nunca. Puede actuar sin embargo como ideal operativo que oriente y estimule la vida y la actividad de quienes enseñan que con espontaneidad se transmitirá a los estudiantes. Lo que pienso que se puede exigir es que todos los profesores tengan vocación de maestros, es decir, sientan la responsabilidad y desechen el temor de entrar en la vida personal de los estudiantes si éstos no sólo se lo permiten sino que lo desean. He mencionado el temor de los profesores. Es una cuestión que se habría de estudiar seriamente, pero desborda mis propósitos en esta ocasión.

BIBLIOGRAFÍA

- AGATHON, H.: *Las doce virtudes de un buen maestro*. Madrid, Tip. de los Huérfanos, 1900.
CARDONA, C.: *Ética del quehacer educativo*. Madrid, Rialp 1990.
GARCÍA HOZ, V.: «Reflexiones sobre la formación científica y ética de los universitarios», en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, año XXXVI, n.º 61, pp. 99-129. 1984.

- IBARRA Y RODRÍGUEZ, E.: *Origen y vicisitudes de los títulos profesionales en Europa*, Discurso en la Real Academia de la Historia. Madrid, 1920.
- KERSCHENSTEINER: *El alma del educador*. Barcelona. Col. Labor, 1928.
- KRATZ: «Characteristics of the best teacher as recognised by children», en *The Pedagogical Seminary*. 1898.
- MANJON, A.: *El maestro mirando hacia dentro*. Edición Nacional de las Obras Selectas de D. Andrés Manjón. Patronato de las Escuelas del Ave María, tomo I, Granada 1945.
- MANJON, A.: *El maestro mirando hacia fuera*. Edición Nacional de las Obras Selectas de D. Andrés Manjón. Patronato de las Escuelas del Ave María, tomo VI, Granada 1949.
- RUIZ RETEGUI, A.: «Maestro y profesores», en *Nuestro Tiempo*, marzo, pp. 66-71, 1990.

